

Vergonzoso e ignominioso
León Trotsky
10 de junio de 1919

(Tomado de L. Trotsky, *Escritos militares*, Tomo 2, Ruedo Ibérico, Vesoul (France), 1976, páginas 207-208. 10 de junio de 1919, en Liski. Publicado en *V Puti*, número 53.)

A la estación de Liski llegaron trenes con heridos en un estado calamitoso. Los vagones no tenían colchonetas. Los heridos y enfermos, muchos sin ropa, yacían en sábanas que no habían sido cambiadas desde hacía mucho tiempo. No pocos de entre ellos eran contagiosos. Sin personal médico, sin enfermeras, sin jefe de convoy. Uno de los convoyes, en el que había más de 400 soldados rojos heridos o enfermos, pernoctó en la estación desde la madrugada hasta la noche sin que los enfermos recibieran el menor alimento. ¡Es difícil imaginarse algo más criminal y vergonzoso!

Es verdad que tenemos pocos médicos. Gran parte de ellos huyó al reino contrarrevolucionario de Denikin y Kolchak. La insuficiencia de médicos no justifica, sin embargo, un escándalo como éste. Se puede alimentar a los enfermos y heridos, aunque no haya personal sanitario. Prevenir por anticipado, telegráficamente, de que llegará un convoy con combatientes del Ejército Rojo enfermos, hambrientos, extenuados; exigir de las autoridades locales que adopten las medidas necesarias para dar de comer a los enfermos; todo esto es perfectamente realizable. Es evidente que la sanidad militar del frente sur no funciona bien.

¡Pero qué decir de las autoridades locales! El comandante de la estación de Liski explica el que se haya dejado a los enfermos sin alimentos durante doce horas porque carecían de los bonos reglamentarios. Las autoridades de Liski disponían de productos, pero como alguien ha olvidado encargar a tiempo la comida para los heridos y enfermos, mediante pago de la suma correspondiente, el jefe de la estación y el del puesto de evacuación consideran que la única solución es dejar sin comer durante doce horas a los heridos y enfermos. ¿Y las demás autoridades soviéticas? ¿No sabían nada? Sin embargo, el día anterior había ocurrido lo mismo. Parece que una situación extraordinaria exige medidas extraordinarias. ¿Pero intervinieron en el asunto el comité ejecutivo local o la organización de los ferroviarios? ¡En absoluto! Nadie se interesó en lo que ocurría. Los heridos se retorcían de dolor, sobre las planchas sucias de los vagones, apenas recubiertos con sus ropas interiores ensangrentadas. Y no se les daba nada porque alguien no había entregado el dinero y, por consiguiente, alimentar a los enfermos podía violar momentáneamente la contabilidad. ¿Puede uno imaginarse crueldad más absurda y burocratismo más vergonzoso, ni siquiera en las épocas más ignominiosas del ignominioso zarismo?

El mal estado del aparato de la sanidad militar, la imprevisión y la carencia de iniciativa de los comandantes y responsables de los centros de evacuación, la indiferencia de las instituciones soviéticas locales, se conjugaron para dar ese resultado. Puede comprenderse fácilmente el estado de ánimo de los enfermos y heridos, sus maldiciones a las autoridades encargadas de velar por ellos.

Este caso vergonzoso (que, como he dicho, no es único) debe ser objeto de una investigación exhaustiva. Hay que extirpar de la organización de la sanidad militar y de la organización de las comunicaciones militares esa negligencia criminal y esa indiferencia vergonzosa. Hay que sacudir también, enérgicamente, a las autoridades

soviéticas locales que cierran los ojos ante el sufrimiento y la muerte, en sus propias narices, de los soldados del Ejército Rojo que han estado defendiéndolas.

Cueste lo que cueste hay que mejorar, ampliar y sanear el aparato de la sanidad militar. Y debemos mostrar prácticamente a los saboteadores y parásitos que la república soviética castiga la indiferencia ante los heridos y enfermos del Ejército Rojo como si fuera una traición a la patria socialista.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es